

FORMACIÓN DEL ORANTE CRISTIANO

Introducción

El estudio que presento, como contribución al Congreso Internacional programado por el CITES de Ávila sobre el libro teresiano *Camino de Perfección*, está en línea con el que ofrecí el año anterior en esta misma sede y que ha sido ya publicado. Ahora como entonces persigo el mismo propósito: poner de relieve, partiendo de la experiencia e intuición teológica de la fundadora del nuevo Carmelo, la categoría, humana y cristiana, de la amistad para expresar nuestra vocación a participar la vida misma de Dios. Esto tiene una primera exigencia en el campo de la pedagogía de la oración, o “de la vida espiritual”, como agudamente nota la maestra de la oración. Señalo tres puntos que debe tener en cuenta cualquier lector de Teresa, muy concretamente del libro expresamente formativo que es *Camino*: 1) Teresa está mucho más preocupada por formar el orante que por enseñar a “hacer” oración; 2) El acto de oración, *siempre exigencia interna de la amistad y esencial manifestación de la misma*, se contempla en el ancho, exigentísimo marco de la amistad; 3) El acto de oración se relativiza, en el sentido que se valora, no en sí mismo, sino en orden a la vida de la que nace y a la que enriquece. En sí mismo no tiene más valor que el que le viene de la vida y sobre ella revierte. Todo esto nos lleva a una conclusión de relevante importancia: no es el acto de oración lo que identifica la vida del orante, sino al contrario: la vida identifica y da valor al acto de oración.

1 Antecedentes cronológicos e íntimos de la redacción de Camino

Teresa ha reflexionado profundamente sobre su experiencia de Dios y de sí misma que nos ha transmitido en el *Libro de la Vida*. Después de un largo, accidentado proceso de discernimiento, “hartos años, hartas pruebas” (CC 53,5.12), ha recibido el visto bueno de teólogos y espirituales. Aunque no del todo, porque la prudencia o el miedo, o ambas cosas, impiden que el primer fruto de la gran escritora mística, pueda ponerse al alcance, muy concretamente de sus compañeras de vocación: “fue de suerte esta relación, que todos los letrados que la han visto decían que era de gran provecho para aviso de cosas espirituales, y mandáronle que la trasladase [hiciese una nueva redacción] e hiciese otro librillo para sus hijas ..., adonde les diese algunos avisos” (CC 53,8).

La autora nos confiesa en el libro de *Fundaciones*: “cinco años después de la fundación de san José (1562) de Ávila estuve en él, a lo que ahora entiende [en

el 1573], me parece serán los más descansados de mi vida” (1,1). Cinco años de asentamiento y reflexión, de comunicación oral de su experiencia espiritual, de transmisión de lo que hoy llamamos “carisma”, la manera concreta, característica de vivir en la iglesia, con la iglesia y para la iglesia una vocación, personal y comunitaria. Pluma en mano comienza su segundo libro, auténtico manual de formación, confesando que el dominico Báñez le ha dado licencia “para escribir algunas cosas de oración” (pról 1); ella interpreta esta licencia diciendo que se propone escribir “algo del modo y manera de *vivir* que se lleva en esta casa”¹. Como hará frecuentemente -y hay que tenerlo en cuenta-, termina el prólogo refiriéndose al *Libro de la Vida* “adonde también trata algunas cosas de oración”, y puesto, que “podrá ser no quiera mi confesor la veáis” [la relación del LV], “pondré alguna cosa de lo que allí va dicho y otras que también me parecerán *necesarias*”² (4). Digamos, con toda seguridad, que Teresa trata de exponer la espiritualidad que vive y que le ha llevado a crear una nueva familia religiosa.

Acabo de decir que Teresa ha reflexionado mucho, y dialogado intensamente su experiencia con espirituales y letrados. El relato del *Libro de la Vida* lo corona con una altísima gracia mística, por la que se le “esculpe” “una Verdad que es cumplimiento de todas las verdades”. Esta Verdad le manifiesta claramente la consecuencia que tiene en la vida: Un Dios divinamente amante que poderosamente llama a “*Amarle con verdad*”. En boca de Dios mismo pone lo que esta revelación comporta para la persona: “entender que todo es mentira lo que no es agradable a Mí”. Acto seguido formula ella la dirección que marca a su vida esta manifestación de Dios: “entendí qué cosa es *andar un alma en verdad delante de la misma verdad*”: “no hacer caso de cosa que no sea para llegarnos a Dios” (V 40,3).

A cualquier asiduo lector de la doctora mística salta a la memoria la temprana experiencia teresiana, hasta literariamente tan próxima a esta con la que cierra su historia personal, desde la que ha dictado una altísima lección de teología: “en pronunciar esto [“pena y gloria para siempre, siempre, siempre] mucho rato, era el Señor servido me quedase en esta niñez *impreso el camino de la verdad*” (1,5). En la carta con la que remite la primera redacción del libro, apremia al teólogo que la va a leer: “*Dése prisa a servir a su Majestad..., pues verá vuestra merced por lo que aquí va, cuán bien se emplea en darse todo..., a quien tan sin tasa se nos da*”³. A esto se le puede llamar, simplemente, la colaboración de la persona. El gran discurso de teología encierra,

¹ Pról 1. “El estilo que pretendemos llevar” (13,6). Se lleva consigo a la fundación de Valladolid a Juan de la Cruz y le “informa de toda nuestra manera de proceder” (F 13, 5; 10,4).

² 4. El lector puede seguir con facilidad el rastro de alusiones a *Vida* (17,3; 25,4; CE 24,3;35,4; 31,1;56,2; 73,5).

³ Ct a García de Toledo, junio/63/ 3,4.

inevitablemente, un discurso antropológico en la carmelita abulense. Uno y otro se encuentran fundidos en el discurso cristológico. En *Camino de Perfección*, con mucha sobriedad y fuerte convicción, Teresa nos ha dejado un claro el perfil del Dios cristiano, y se extenderá en la exposición de la respuesta humana, bien formada sobre Jesús de Nazaret. Como diré inmediatamente, Teresa pasa de la teología de *Vida* a la antropología de *Camino*, en uno y otro, con un fuerte acento cristológico.

Nacerá de este modo un proyecto de vida cristiana que va mucho más allá de la forma concreta -vocación- de vivirla en el grupo de contemplativas al que se dirige. Se puede decir con toda verdad que, quitadas algunas referencias explícitas a sus hermanas, el texto puede asumirse por cualquier creyente, y me atrevería a decir por cualquier persona, como un auténtico texto de formación humana-cristiana. El Dios-Verdad del que habla Teresa en *Vida* 40,1-4 “parece” que no se revela sino a “los que aman con verdad”, condición sine qua non para que Dios “descubra sus secretos”, su verdad más íntima, única en el fondo: la comunicación de su amor, que capacita e identifica la respuesta de la persona. Una respuesta que marca bien la renuncia a la “mentira” con la misma radicalidad con la que se consagra a vivir la verdad percibida: “todo es mentira lo que no es agradable a mí” (V 40,1). Porque lo que no es agradable a Dios es todo lo que atenta contra la plenitud de desarrollo de la persona.

Como dice siempre en el *Libro de la vida*, Teresa afirma con contundencia esta subidísima gracia mística la marcó con fuerza para llevar adelante lo que “ve”: “quedé... con grandísima fortaleza y muy de veras para cumplir con todas mis fuerzas la más pequeña parte de la Escritura divina” (ib 2). La palabra de Dios es para vivir y no solo para saber. Y no se sabe propiamente si no se vive y en la medida en la que se vive. El amor es la fuente por excelencia, -¿única?-, de desvelamiento y conocimiento de las personas. Me permito recordar aquí el principio hermenéutico de la inteligencia de la Palabra de Dios que enuncia en *Meditaciones sobre los cantares*: palabras que “dícelas el amor; y como no le tienen, bien pueden leer los *Cantares* cada día y no ejercitarse en ellas”, no entenderán nada, como en la eucaristía misma “no les habláis nada, porque no merecen ellos oír” (1,11).

2 De la teología del Libro de la Vida a la antropología de Camino de Perfección

Teresa tenía, cronológicamente muy próxima, vivencialmente muy dentro, la extraordinaria gracia mística, fuente y horizonte, plenitud de toda verdad, a la que acabo de referirme. Llegaba esta gracia, con la que arranca el último

capítulo de la *Vida*, sobre tierra bien dispuesta. El fruto es la propuesta educativa que nos presenta en *Camino*: a tal Dios, tal hombre. Sin este suelo místico no se entiende el discurso formativo de *Camino*, en el que se acentúa qué persona debe desarrollar un creyente en el Dios y Padre de Jesucristo. También en este caso, gracia total, antes fruto de la necesaria colaboración de la persona. Gracia que identifica la respuesta, la hace capaz y la discierne. Ni se entiende ni es posible.

El empeño humano, creyente en que quiere embarcarnos Teresa no se sostiene sino sobre el Dios que se nos revela y comunica: don de Sí. Lo nuestro será siempre una respuesta a la propuesta que Dios nos hace. En *Camino*, la mística carmelita abulense nos muestra una antropología en movimiento, en construcción, sobre el bastidor de una jesuología sintetizada en *Vida* 22, y sobre la que volverá en 6M 7. La propuesta educativa de *Camino* se cimenta sobre el Jesús terreno. No es una teoría abstracta, desarrollo de unos principios firmemente establecidos y lúcidamente desarrollados. El Jesús histórico es el hilo que engarza y unifica, de principio a fin, toda la exposición teresiana en su propósito de formar un yo relacional. Un yo amigo. Me referiré explícitamente a esta presencia de Jesús en *Camino*, auténtica columna vertebral del mismo.

Antes, me permito destacar tres textos teresianos en los que nos ofrece la clave de lectura de su segunda obra. “Y así no os espantaréis de lo mucho que he puesto en este libro para que procuréis esta *libertad*” (19,4). Una libertad *de, para, en* el aquí y ahora de cualquier historia personal. Dios nos ha liberado pero debemos devenir libres. Como somos racionales, y debemos desarrollar hasta la máxima plenitud posible nuestra racionalidad. Escribe más adelante: “*Todo lo que os he avisado en este libro va dirigido a este punto de darnos del todo al Creador y poner nuestra voluntad en la suya y desasirnos de todo lo criado*” (32,9). A lo que se había referido ya presentando la “comparación” que desarrollará en *Moradas* del “castillo interior”, diciendo: “todo el punto está en que se lo demos por suyo [el palacio interior] con toda determinación, y que lo desembaracemos para que pueda *poner y quitar* como en cosa propia” (28,12). Son tres textos estratégicamente situados, como piedras miliare que señalan “el camino espiritual hasta engolfar Dios el alma y darle abundantemente a beber de la fuente de agua viva” (42,5). La realización vocacional. Libre *de* todo lo que no es Dios, en formulación sanjuanista, exigencia intrínseca de un amor recibido, *para* poder entre en relación amistosa, en comunión interpersonal.

A estos tres textos de *Camino* podrían añadirse otros que salpican las páginas teresianas tratando siempre de despertar la conciencia del lector. “No estáis aquí para otra cosa” (12,6). ¿Qué cosa debe capitalizar la atención del discípulo de Teresa? El contexto es claro: la construcción del hombre interior, relacional, del “hombre nuevo”. Repite la frase, capítulos más adelante, “pues no venimos aquí

a otra cosa” (16,8). Y nos advierte, dirigiendo nuestra atención explícitamente hacia Jesús que todo: “el daño nos viene de no tener puestos los ojos en Vos”, Jesús, “y erramos el camino por no poner los ojos..., en el *verdadero camino*” (7). Concluyo con este otro texto espléndido, iluminador y sugeridor: “no entendamos cosa en que se sirve más el Señor que no presumamos salir [lograr] con ella con su favor” (16,8), máxime sabiendo que “no quedará por él” (8), que nosotros “no podemos nada sino lo que *él nos hace poder*” (18,6). Nos es posible porque precede la gracia, activa y operante, una gracia “que nos hacer poder”. La mística precede la ascética. La gracia preveniente hace de nuestra respuesta una respuesta de gracia. Porque otra no cabe en la propuesta de Dios.

Más allá de la forma concreta con que Dios se nos comunique, Teresa nos exhorta encarecidamente a que “todos lo procuremos [que “Dios nos admita a su amistad estrecha]”, “pues no estamos aquí a otra cosa” (18,3). Este es el sentido auténtico de nuestra vocación primera, única, divina. Y asegura al lector con toda claridad y convencimiento, que “si hace lo que queda dicho”, aun cuando no sea contemplativo, es decir, no disfrute de “formas místicas de oración”, “no dejará de ser muy perfecto”, es decir, será auténticamente un buen amigo de Dios. (17,2). Hay que recordar una vez más, Teresa relativiza el acto de oración, en el seguimiento de Jesús. A esto, como demostraré más adelante, se refiere con la misma contundencia al presentar su programa de educadora de cristianismo. Es evidente que “lo que queda dicho” es el gran programa que nos presenta en el capítulo cuatro.

A esto hay que añadir las llamadas reiteradas al cultivo del *interior* frente a la llamada constante de la “religión” a la “observancia”, a “estar en regla con la iglesia”, cuando puede darse muy bien esto sin que se esté “en regla con Dios”. Las deficiencias serias de la educación a la “observancia”, a la “práctica”, dice Teresa que son idénticas a las que se dan en las “indiscretas penitencias”⁴, a las que se opone radicalmente. “No llamo dejarlo todo entrar en religión”, en la vida religiosa (12,6), o a ser cristiano “practicante”, como “no está todo hecho desasiéndonos del mundo y deudos” (10,1), “cerradas bien las puertas”, y nos dejamos a los ladrones dentro, que “no hay peor ladrón, pues quedamos nosotros”⁵. La religión no salva, por sí misma no hace personas. La religión ignora o puede ignorar, hasta sin tener conciencia de ello, que el cristianismo es recreación de la persona, dominar al “ladrón” del yo falso, del hombre carnal que llevamos dentro. En esto piensa cuando habla de “estas virtudes”, “virtudes

⁴ 19,9; “demasiadas penitencias” (15,3) ; “penitencias desconcertadas” (39,5) “penitencias sin camino ni concierto” (10,6).

⁵ 10,1. En esta misma línea dice en las 3M, el habitat y punto de llegada de las “almas concertadas”, muy “religiosas” y poco cristianas: “Creedme que no está el negocio en tener hábito de religión o no, sino en procurar ejercitar las virtudes y rendir nuestra voluntad a la de Dios en todo” (2,6). Exhortó también antes a estas personas: “Entrad en lo interior, pasad adelante de vuestras *obrillas*” (3M 1,6); “bueno es todo esto, *mas no basta*” (ib 4) para ser seguidores de Jesús.

grandes” (15,3; 16,2), “virtudes interiores (15,3), frente a “esotras devociones”, entre las que incluye los “gustos” de la contemplación (18,9). Sin duda que alude a las “cosas tan necesarias” para hacer bien el camino de la amistad con Dios.

Esto obliga a afirmar con toda claridad, y vuelvo y volveré sobre ello en más de una ocasión, que Teresa *relativiza* absolutamente el “acto” de oración –que es una exigencia interna, esencial de la amistad- y *absolutiza* sin ambages el cultivo generoso, con “determinada determinación” de las “cosas necesarias” que antepone, inteligentemente, al discurso explícito sobre la oración. Ciertamente entendiéndola como ella la entiende: una relación amistosa, una comunión interpersonal entre Dios y el creyente. Esculpió genialmente una frase que no se debería dejar de citar cuando se cita su descripción de la oración: “tratar de amistad estando muchas a solas con quien sabemos nos ama”. Y sigue precisando, animando a la vez a quienes se ven lejos de amar como son amados por Dios: porque “para que sea verdadero el amor y que dure la amistad *hanse de encontrar las condiciones*” (V 8,5).

La segunda parte de *Camino* es un desarrollo de esta concisa frase. Y esto es evidente, porque no es el acto, cualquier acto, el que da identidad y valor a la persona, sino que es la persona la que da valor a todo acto personal. Por eso el interés principal de la maestra de buenos cristianos, de personas auténticas: formar la persona. Lo demás llega por añadidura. Quien dice a otro que le ama, y la da un signo de su amor, sabe, o debe saber muy bien, la calidad de su amor que continúa expresándolo con la misma frase: “te quiero”, “te acojo”. No podemos buscar en el mejor diccionario el alcance de un verbo, sino que persone que se sirve de él para “decirse” en su proceso siempre en marcha.

3 Jesús de Nazaret

El cristiano tiene en “enfrentarse” con Jesús siempre. Referirse a él, “fijar los ojos en él” para evaluarse en su proceso cristiano. Esto es clave de lectura de *Camino de Perfección*, trazado sobre el bastidor del Padrenuestro. En esta oración “dominical”, del Señor, maestro y amigo Jesús, ve Teresa sintetizada toda la revelación, por tanto, el camino cristiano. Crítica e irónicamente, dice a sus destinatarias, que este libro que “no os podrán quitar, que no os quede tan buen libro” (CE 35,4). Este libro “encierra en sí todo el camino espiritual, desde el principio hasta engolfar Dios el alma y darle abundantemente a beber de la fuente de agua viva” de la unión más íntima con Dios (42,5). Camino del Camino que es Jesús y, por ello, del cristiano.

Antepongo un espiguelo lo mejor trenzado posible para mostrar al lector la comprensión que tenía Teresa de la vida de Jesús de Nazaret, en cuyo seguimiento confesamos los cristianos conscientes que querer vivir. Me sirvo una vez más del texto estampado en el frontispicio del tratado de oración que compone para explicarnos su camino personal, que reconoce abiertamente que es el camino de todos: “Hablando ahora de los que *comienzan* a *ser* siervos del amor (que no me parece otra cosa determinarnos a *seguir* por este camino de la oración [de la amistad] al que tanto nos amó” (V 11,1). Es el programa que nos propone con detenimiento, inteligentemente en *Camino*.

Antes de entrar en la presentación de los presupuestos de la amistad-oración, de las “cosas tan necesarias”, bueno será ofrecer la clave de lectura cristológica que nos ofrece su autora: ser e ir siendo cristianos, hombres nuevos como él. La antropología teresiana que nos ofrece en *Camino* es cristológica, seguimiento del Jesús histórico de los evangelios.

Jesús emerge, desde la primera página hasta la última, como auténtica columna vertebral de este libro de Teresa, explícita y directamente formativo. Y emerge como en quien se manifiesta la voluntad de Dios que él encarna y traduce en su vida preciosamente. Adelanto este acercamiento a Jesús antes de entrar en la presentación de los “rasgos”, “cosas necesarias” que identifican al “hombre nuevo”, para que el lector esté mejor preparado para entender el alcance de las “cosas necesarias” que ofrece Teresa pensando en quienes “pretenden llevar camino de oración”, es decir, camino de amistad, camino de ser “UNO” con Dios compartiendo realmente con él la vida divina, ¡que no hay otra!, ni otra manera de vivirla, aquí y ahora, que la que nos manifestó y manifiesta Jesús de Nazaret.

2.1 Rasgos de Jesús

A Teresa le atrae poderosamente la figura humana de Jesús, el Dios-con-nosotros. En *Camino* la maestra de espirituales nos presenta, con frases grávidas, el perfil del hombre que nos enseña hasta dónde podemos llegar como humanos, llamados a ser divinos: divinamente humanos, humanamente divinos. El empedrado cristológico de *Camino* no puede escapar ni al lector más ocasional de esta obra teresiana, antropología cristológica porque así es la Palabra del Padre, y así es la figura del Hijo que le responde alimentándose de la voluntad de Quien le ha enviado. Jesús, “divino y humano junto” (8M 7,9).

- “¡Si le faltara algo por hacer [a Jesús] para contentaros [al Padre]! Mas *todo lo hizo cumplido*” (3,8), satisfactoriamente. Jesús es “el que nunca tornó de Sí”, “pues no le ha quedado por hacer ninguna cosa” (35,3), “capitán del amor” (6,9); su vida fue “una continua muerte” (42,1), mostrándonos el amor “con tantas obras” (40,7); servidor nuestro: “a trueco de hacer cumplidamente” la

voluntad del Padre, “y de hacer por nosotros, se dejará cada día hacer pedazos (33,4). La Eucaristía es el paso “obligado”, definitivo, máximamente significativo, de quien vivió y murió como Jesús: servidor generoso, incondicional de sus hermanos, porque él sabe muy bien que “la causa de Dios es el hombre”, por eso llegó a lo inimaginable en el proceso de abajamiento, de aniquilación: pierde hasta su figura humana, y se convierte en pan, en comida y bebida de todos. La Eucaristía muestra definitivamente hasta dónde vivió Jesús entregado a nosotros, siempre manifestándonos el mundo insondable del Padre, a quien él revela totalmente referido a nosotros, y a quien él está referido incondicionalmente. Jesús se queda en la Eucaristía “para contentar más” al Padre “que mandasteis nos amase”: Teresa lanza al Padre su asombro ante tal misterio: “¿No bastaba..., que no tuvo adonde reclinar la cabeza..., que ahora “las que tiene [iglesias] para convidar a sus amigos..., se las quitan?”. Se queda Jesús para “convidar a sus amigos?” a alimentarse de él (3, 8). A ser, ellos también, eucaristía viva en las relaciones mutuas.

Más todavía que en su vida terrena, amorosamente más indefenso, Jesús, viendo, explica Teresa, nuestra “necesidad, buscó un medio admirable, adonde nos mostró el extremo amor que nos tiene” (33,1), “quiso como pedir licencia” al Padre (33,2). Vio “nuestra necesidad” de comprender bien lo que somos, hijos de Dios, “e inclinados a cosas bajas y de tan poco amor y ánimo, que era menester ver el suyo par despertarnos, y no una vez sino cada día”. Y se determinó “a quedarse con nosotros” (ib 2). Teresa, sacerdotisa, se siente desgarrada por dos amores, que se le presentan irreconciliables. Se dirige así al Padre: “¿Qué padre hubiera, Señor, que habiéndonos dado a su hijo, y *parándole tal*, quisiera consentir se quedara entre nosotros cada día a padecer?” (33,3). Sigue en el mismo número: “Ya que una vez quisisteis lo estuviese [entre nosotros] y lo consentisteis, ya ves cómo lo pararon”. Y sigue “presionando” al Padre: “¡Oh Señor eterno! ¿Cómo aceptáis tal petición? ¿Cómo lo consentís? No miréis su amor”, no tengáis en cuenta su amor, se atreve a decir en última instancia (33,4).

Pero sabe muy bien por experiencia el amor del Padre y del Hijo. Y a este amor se remite para salir del dilema “existencial” en el que se encuentra. “¡Oh, vágame Dios, qué gran amor del Hijo, y qué gran amor del Padre!”. Y recalca en Jesús que es “la prenda” del amor del Padre⁶, en el amor que le conduce a quedarse en la eucaristía: “aun no me espanto tanto del buen Jesús, porque como había dicho ‘*fiat voluntas tua*’, habíalo de cumplir como quien es..., pues

⁶ Así nos lo dejó dicho y aconsejó en el *Libro de la vida*: “Siempre que se piense de Cristo nos acordemos del amor con que nos hizo tantas mercedes y cuán grande [amor] nos le mostró Dios en darnos tal prenda del que nos tiene”. Concluye con aguda inteligencia: “que amor saca amor”, el amor recibido fructifica en amor dado (22,14).

como sabe la cumple con amarnos como a Sí, así andaba a buscar cómo cumplir con mayor cumplimiento... este mandamiento” (33,4).

La eucaristía entra dentro del proceso de la encarnación, del signo máximamente significativo de hasta dónde llega el amor de Dios manifestado en el envío de su Hijo al mundo. Teresa prosigue el diálogo con el Padre presionándole amorosamente que considere lo que Jesús le propone, aunque, al fin de cuentas, ella sabe que Jesús lo hace por cumplir la voluntad de su Padre: “No miréis su amor, que a trueque de hacer vuestra voluntad y de hacer por nosotros, se dejará cada día a hacer pedazos. Es vuestro de mirar, Señor mío, ya que a vuestro Hijo *no se le pone cosa delante*” (33,4). Y después de este desahogo amoroso, vuelve sobre lo que entiende de la petición de Jesús al Padre para que le “permita” quedarse con nosotros: “que ya nuestro es [Jesús], que no nos le torne a quitar hasta que se acabe el mundo, *que le deje servir cada día*”. Y se vuelve a sus hermanas para decirles: “Esto os enterezca para mirar a vuestro Esposo, que no hay esclavo que de buena gana diga que lo es, y que el buen Jesús *parece se honra de ello*” (ib); que este día de la historia “*se lo deje pasar en servidumbre*”, estándose aquí con nosotros” (34,2).

En estrecha continuidad con la existencia terrena de Jesús, la eucaristía es en un paso más en el proceso de aniquilamiento, de abajamiento iniciado en la encarnación. Siempre tenemos que movernos en el ámbito del proceso amoroso en el que se ha implicado nuestro Dios desde toda la eternidad. Amorosamente “nos pone en la existencia” para compartirnos su vida, para revelarnos hasta dónde llega su amor o, su voluntad en relación a nosotros. Jesús la revela definitivamente: “¿Queréis ver como se ha [se comporta Dios] con los que de veras le dicen esto [*hágase tu voluntad*]? Preguntadlo a su Hijo glorioso, que se lo dijo cuando la oración del huerto..., mirad si la cumplió bien en él” (32,6). “Pues veis aquí a quien más amaba lo que dio, por donde se entiende cuál es su voluntad” (ib 7); Dios “da conforme al amor que nos tiene” (ib). Dios se revela para engrandecer a la persona, para servirla. No hay otra clave de lectura del “Dios-con-nosotros”, del Dios a nuestro servicio. Sencillamente porque Dios *es* amor.

2.2 Seguidores de una Persona

Las “cosas tan necesarias”, de que hablaré enseguida, cimientos formativos de Teresa, se refieren a los rasgos más destacados de Jesús: amor, verdad-humildad, libre y liberador. Tres rasgos identificadores del Jesús histórico, tres rasgos que caracterizarán a sus seguidores, a los hombres nuevos, según el pensamiento paulino, “nacidos del agua y del Espíritu”, según el evangelista Juan, “nacidos de nuevo” o “de lo alto”, según Jesús en diálogo con Nicodemo El amor de que habla la “Madre de espirituales” es Jesús en persona. Y la

liberación y la humildad-verdad. Trípode sobre el que va alzando la personalidad del hombre nuevo. “¡Oh precioso amor, que va imitando al capitán del amor, Jesús nuestro bien” (6,9). Este amor “va imitando al que nos tuvo el buen amador Jesús” (7,4). A Jesús sigue refiriéndose cuando bucea en el “yo” falso que exige culto, que no soporta “injurias”, exigente insaciable de reconocimiento: “¿Parece que había razón para que nuestro buen Jesús sufriese tantas injurias y se las hiciesen?” (13,1). Nos emplaza ante el dilema: “O somos esposas... o no”, si sí, “qué mujer honrada hay que no participe de las deshonras que a su esposo hacen?” (13,2). Frente a tantas exigencias mortales del yo egocéntrico, de “los negros puntos de honra”, “eso que llaman agravios”, de la hiperestima, Teresa nos presenta a Jesús como “Honrador nuestro” (36,5).

Hasta en el último capítulo, con el “*amén*” en los labios y más en el corazón, la autora de *Camino* nos aproxima de nuevo a Jesús. Transcribo el texto para quienes no tienen el libro de Teresa a mano: “Paréceme tiene razón el buen Jesús de pedir esto para Sí, porque ya vemos cuán cansado estaba de esta vida cuando dijo en la cena a sus apóstoles: ‘*Con deseo he deseado cenar con vosotros*’. Por lo que se ve cuán cansado debía estar de vivir... ¿*Qué fue toda su vida sino una continua muerte?*”. Cierra la referencia a Jesús escribiendo: “Y qué gran razón tenía de suplicar al Padre que le librase ya de tantos males y trabajos y le pusiese en descanso para siempre en su reino, pues era verdadero heredero de él” (42,1). Justifica así el deseo de dejar la manera pasajera de estar presente en la redención del mundo, aterrizando en la morada definitiva. No es una huida sino una manera mejor de seguir activamente presente en la historia.

4 Pedagogía antropológica de la oración o “de la vida espiritual”

O “pedagogía cristológica”. Quiero decir, y lo apunto desde el comienzo de este cuarto apartado, que lo que Teresa pretende en *Camino* es la formación del hombre renacido, del que habla Jesús a Nicodemo, del hombre nuevo paulino, a la medida del “Hombre Nuevo”, Jesús de Nazaret, presente en todas las páginas de este catecismo teresiano de formación. El hombre nuevo, en relación con Dios y con los prójimos, que Teresa desarrolla a través de las “cosas tan necesarias”, a las que nos acercamos ahora. Nos ofrece un espléndido, luminoso esquema de lo que quiere decirnos. Bastarán estas notas que ella misma explícitamente nos da, para que aprendamos a leer *Camino* como lo escribió su autora. Teresa abriga ciertas, serias dudas de que la lean como ella escribe y no con el imaginario que tienen los lectores gravado en su interior. Me sitúo en el capítulo cuarto que nos abre hacia atrás y hacia delante, partiendo del luminoso enlace que muestra por dónde quiere que vaya nuestra respuesta a la presentación de la vocación a la amistad de la que nos acaba de hablar.

“Ya habéis visto la *empresa* que pretendemos alcanzar” (1). Por si no sabemos concretamente a lo que se refiere, saltamos unas cuantas líneas y encontramos este toque teresiano: “En esto de *oración* es lo que me habéis pedido diga alguna cosa”. Deja por el momento la respuesta a esta petición. Tampoco se entretiene a dar una breve noción de oración. Le preocupan los presupuestos para ser orante. Por eso llama la atención del lector con dos advertencias de suma importancia para que la formación que inicia pueda discurrir por los cauces de una buena comprensión. La primera apunta a lo ya escrito: “lo dicho hasta ahora, para en pago de lo que dijere, os pido yo *cumpláis y leáis muchas veces de buena gana*” (4,3). Lo que ha escrito son tres capítulos. Una insignificancia cuantitativa, pero, cualitativamente, una mina de oro puro. Que el lector se haga cargo del escenario social y religioso en el que se encuentra la autora. Prácticamente identificados en su tiempo. Y que machaconamente repito desde hace tiempo: qué Dios y qué hombre nacen en ese momento, o vienen de atrás, y qué Dios y qué hombre se nos han revelado en Jesús.

Apunta la carmelita con fuerza tres estremecedores “signos de los tiempos: “*estáse ardiendo el mundo*”, “*quieren tornar a sentenciar a Cristo*”, “*quieren poner su iglesia por los suelos*” (1,5). Gravedad suprema. Urgencia máxima de respuesta, personal y comunitaria. Radical, sin duda. A males comunitarios, que afectan al corazón mismo de la sociedad y de la iglesia, hay que darles respuesta personal y comunitaria. Teresa diseña sin ambages, con trazos firmes, una iglesia, “castillito de gente escogida”, su comunidad, la iglesia en su totalidad: puesto que Jesús “tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos” (1,2), “gente escogida”, o “castillito de buenos cristianos”, la iglesia (3,2), “bien fortalecida”, “que pueden más ellos a solas que con muchos soldados...”, y muchas veces se gana la batalla” (3,1). Ella se decide “a hacer eso poquito que es en mí” y va a procurar “que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo”, “*siendo tales cuales yo las pintaba en mis deseos*” (1,2). Un grupo de amigos, que rodean amorosamente al Amigo, para defenderlo y, defendiéndolo, recrear la unidad en la iglesia, “ponerla en pie”, o sobre la cima de una montaña para testimoniar que otro mundo es posible. Sacramento del sacramento, signo del signo eclesial, sus comunidades.

Un grupo compacto, “los ojos en vuestro Esposo” (2,1). Arenga a sus hermanas: “procuremos *ser* tales que valgan nuestras oraciones para ayudar a estos siervos de Dios”, “los capitanes”, teólogos. Así, “estando encerradas peleamos por él” (3,5). Dimensión apostólica de la vida contemplativa. No hay ausencia del campo de batalla, sino una presencia intensa, que Teresa quiere que sea fuertemente cualificada, que sus hermanas no se distraigan “de tratar con Dios negocios de poca importancia” (1,5), como pueden ser “negocios del mundo”, “de rentas y dineros” que les encargan a sus monjas (1,5), o “de rezar mucho por

su alma” para sobrevolar velozmente el purgatorio. Teresa les lanza una pregunta con toda la resonancia evangélica de perder la vida para ganarla: “¿y qué mejor oración que ésta?” (3,6). “Nuestros negocios” son otros, les dice, o, mejor, los “otros”: todo por los demás, y cuando esto no hicieréis, “pensad que no hacéis ni cumplís el fin para que aquí os juntó el Señor” (3,10).

Y continúa con su preocupación de que entremos en su esquema de escritora-formadora. Si nos llama a cumplir y leer muchas veces lo que nos ha dicho, también nos abre hacia delante para que prestemos ya mucha atención a lo que quiere decirnos, aunque dé largas a lo que le han pedido: unos “avisos sobre la oración”. Así escribe: “Antes que diga de lo interior, que es la oración”. Ojo al dato de equivalencia o de esclarecimiento mutuo: oración-interior, engarce frecuentísimo a la largo del escrito para un grupito de mujeres, pero teniendo con claridad en su horizonte la iglesia entera, y los letrados, en primerísimo lugar. De los que ha dicho ya -¿ a ellos, a sus hermanas, a todos nosotros? -: “han de vivir *entre* los hombres y tratar *con* los hombres, y estar *en* los palacios y *aun hacerse algunas veces con ellos en lo exterior*... Tratar con el mundo y vivir en el mundo y tratar negocios del mundo y hacerse a la conversación del mundo, y *ser en lo interior extraños al mundo y enemigos del mundo*..., y, en fin, no ser hombres sino ángeles”⁷. Por ahí va el contenido del término “oración”-amistad en Teresa: una polarización y centramiento amoroso en Dios, punto de referencia y filtro de toda su existencia. ¡Hay que hacernos cargo de los otros, para asemejarnos al Otro!

Luego, para hablar con fundamento de lo interior, de la oración, hay que hablar del sujeto orante, del *ser*. El ser abierto, relacional, no se improvisa. Partiendo de una realidad “graciosamente” existente, la criatura nueva, el hombre nuevo, y contando con la acción permanente del Espíritu de Dios, Teresa, exquisita educadora, quiere hacernos entrar en “la gran empresa” carismática que la anima. Por ahora, primerísimamente, quiere que entren en su discurso sobre los “presupuestos” pedagógicos para entrar con buen pie en el “camino de oración-amistad”. No podemos pasar a la ligera esta soldadura de “cosas necesarias” y “camino de oración”-amistad. Entre otras cosas porque ella nos lo advierte explícitamente. ¡Y con razón! Ser orante, antes y más que practicante de oración.

⁷ C 3,3. Que no nos confunda esta referencia a ser “ángeles”, ya que tenemos que ser, confesando como confesamos un Dios encarnadi, hecho uno de nosotros, sino personas bien encarnadas, pero con una opción *interior*, amorosamente arraigada en Jesús y en su evangelio. Bastará esta referencia autobiográfica. Cristo la cambia y conmueve con esta palabra de enamorado: “Ya no quiero que tengas conversación[amistad] con hombres sino con ángeles” (V 24,7). Y traduce Teresa, señalando la eficacia de la palabra oída: “ello se ha cumplido bien, que nunca más yo he podido *asentarme en amistad*... ni amor particular sino con *personas* que entiendo le tienen a Dios y le procuran servir” (ib 8).

Escribe: “Antes que diga de lo interior, que es la oración, diré *algunas* cosas que son *necesarias* tener las que *pretenden llevar camino de oración*”⁸. Para quienes lo necesiten, en las horas del mejor teresianismo de todos los tiempos, hay que ayudarles a comprender lo que dice aquí Teresa estableciendo una distinción tan simple como aguda, vital, presente en todos sus escritos: “*tan necesarias*” son estas cosas, que

- “sin *ser muy contemplativas* [hasta con *actos* de oración mística], podrán estar *muy adelante en el servicio de Dios* [aunque los actos de oración sean o parezcan ser muy pobres, flojos];

- “y *es imposible*, si no las tienen [estas cosas tan necesarias], *ser* muy contemplativas [muy amigas de Dios], y cuando pensaren lo son, están *muy equivocadas*” (3). Precisaré cuando hable de la oración para justificar teresianamente la breve interpretación ofrecida entre corchetes. Es obvio para cualquiera que piense un poco que el acto de contemplación no está al alcance de la persona. Y, sin embargo, toda persona está llamada a la comunión más íntima con Dios. La contemplación, acto o forma habitual de vivirla, es puramente gratuita, por tanto no necesaria para el desarrollo pleno de la gracia bautismal.

Después de tantos pasos preparatorios, para despertar la atención del lector, y porque la importancia excepcional de la cuestión lo requiere, Teresa desgrana esas cosas “*tan necesarias*”: “La una es amor unas con otras; otra, desasimiento de todo lo criado; la otra, *verdadera* humildad, que aunque la digo a la postre, *es la principal y las abraza todas*” (4,4). En la primera redacción de *Camino* (CE), nos dice que con estas tres cosas está “entablando el juego”, es decir, preparando la estrategia que nos dará la “victoria de la amistad”, con Dios y los demás. “Pues quien no sabe concertar las piezas en el juego del ajedrez, que sabrá mal jugar, y si no sabe dar jaque, no sabrá dar mate”⁹.

Que no pase por alto el lector que la maestra destaca -¿fortuitamente?- la humildad, que es la única que califica, “verdadera”, subrayando su papel de primer orden al decir “*que es la principal y que las abraza a todas*”. Más adelante, retrasando una vez más su discurso sobre la oración, escribirá: “Parece que me voy entrando en la oración, y fáltame un poco por decir, que *importa mucho*, porque es de la humildad y es necesario en esta casa, porque es el ejercicio *principal* de oración [¿el acto?, ¿la relación amistosa?] y..., cumple

⁸ C 4,3. Subraya en el número siguiente: “No penséis, amigas y hermanas mías, que serán muchas las cosas que os encargaré”.

⁹ CE 24,1. Y continúa diciendo en el n.2, apoyándose en la comparación del juego del ajedrez: “La dama [la reina] es la que más guerra le puede hacer en este juego, y todas las otras piezas ayudan. No hay dama que así le haga rendir como la humildad”. Y establece un punto de discernimiento, abundantemente repetido en sus escritos: “Y creed que quien más tuviere [humildad], más le tendrá [“atado” o rendido]...,” “porque no puedo yo entender cómo haya ni pueda haber humildad sin amor ni amor sin humildad, ni es posible estar estas dos virtudes sin gran desasimiento de todo lo criado”.

mucho tratéis de entender cómo ejercitaros *mucho* en la humildad” (17,1). Luego la humildad, la verdad se puede decir con toda certeza, es algo así como “el ejercicio principal [de la comunidad teresiana y de la iglesia misma] del ejercicio principal”, si entendemos la oración como hay que entenderla: ejercicio de amistad. Vocación fundante, única, divina.

Y como una cereza no sale sola del cesto, también aquí vale el dicho. Aunque tenga que recurrir a las *Moradas del castillo interior*, sigo en casa exprimiendo la esencia del pensamiento teresiano. Al final de este libro se pregunta por lo que “es *ser* espirituales de veras”. Sigue preocupada por el *ser*. Y responde sin titubeos: “hacerse esclavos de Dios... y de todo el mundo, *como lo fue él* [Jesús]”. E inmediatamente anota: “todo este edificio [de la personalidad cristiana], como he dicho, es su *cimiento la humildad*, y si no hay ésta muy de veras, aun por vuestro bien no querrá el Señor subirle muy alto, porque no dé todo en el suelo. Así que, para que lleve *buenos cimientos, procurad ser la menor todas y esclava suya, mirando cómo o por dónde las podéis hacer placer y servir*, pues lo que hicieris en este caso, *hacéis más por vos que por ellas*, poniendo piedras tan firmes que no se os caiga el castillo” (7M 4,9).

Una vez más, no obstante la inmensa importancia -¡que hay que entender y aceptar!- que le reconoce al acto de oración, porque es una exigencia intrínseca de la amistad, lo *relativiza*. El “cimiento” de la personalidad cristiana está en las relaciones interpersonales, en las “cosas tan necesarias”, que harán legítimo y válido, central e inescusable, bien fundado, auténtico el acto de oración, como cualquier acto-signo concreto de comunión con el prójimo. Sin ese cimiento podremos tener un “practicante”, como puede haber todavía “algunos *practicantes* de la religión católica, y *observantes* en la vida religiosa, pero no tendremos “orante”, “cristiano”, “religioso”. Esto se juega en el interior, en la recreación del ser relacional.

Aquí encaja perfectamente la doctrina teresiana sobre el término y los caminos. Con esto termino este segmento de mi exposición y preparo la entrada en el camino al siguiente. El término es la unión con Dios, por el amor verdadero, centrado realísticamente en el prójimo, porque esa dirección ha marcado Dios mismo con el envío de su Hijo, camino de encarnación en la historia: servir a Jesús, nuestro Huésped, en cualquier encuentro, en el otro, es, desde él, la dirección y el objetivo supremos del cristiano. Dos textos nos bastarán para captar con claridad el pensamiento teresiano. Los dos enmarcados en el mismo contexto de humildad=verdad, y enlazados en la misma preocupación teresiana de poner orden y claridad en una materia que lo necesitaba en su tiempo y, por lo visto, en el nuestro, al menos en no pocos grupos de la iglesia.

Después de dejar bien sentado que “no porque en esta casa todas traten de oración, han de ser todas contemplativas. Es imposible”, sin dejar de afirmar, acto seguido que “por eso no dejará de ser muy perfecta si hace lo que queda dicho” (17,2), se refiere al símbolo tradicional de Marta y María, y dice: “santa era santa Marta, aunque no dicen era contemplativa”, concluyendo que “en esta casa ha de haber de todo” (17,5), concluyendo su exposición con esta esclarecedora afirmación que evoca la casa de Betania: “Pues si contemplar y tener oración mental y vocal, y curar enfermos y servir en las cosas de casa y trabajar sea en lo más bajo, *todo es servir al Huésped* que se viene con nosotras a estar y a comer y recrear, ¡qué más se me da en lo uno que en lo otro? (17,6). “Servir al Huésped” es lo esencial, *el objetivo, la vocación cristiana* en todas las específicas vocaciones. Lo que hay que asegurar es “servir al Huésped”, sirviendo a los que el sirvió¹⁰.

5 La voluntad de Dios

Podemos introducir este apartado con las palabras de Teresa: “*Pues vuestro Hijo dio en nombre de todos esta mi voluntad, no es razón falte por mi parte*” (32,10). Exclama: “¡Qué fuerza tiene este don! No puede menos, si va con la determinación que ha de ir..., de “transformarnos en sí y hacer una unión del Criador con la criatura” (32,11). Dios nos tiene “tanta amistad”, “que se huelga..., que manden a veces... y cumplir él lo que ella le pide” (32,12). ¡Así es nuestro Dios!

El capítulo sobre la pobreza no es una digresión, sino la otra cara de la opción: ricas de Dios, pobres de todo: “*los ojos en vuestro Esposo*” (2,1), “todo el daño nos viene de no tener puestos los ojos en Vos”, “en el *verdadero camino*” (16,11). Corazón indiviso. La “verdadera pobreza” (2,4.6), “tomada por solo Dios” (2,6). *Referencia a Cristo*: “Parezcámonos en algo a nuestro Rey” (2, 9).

Concluirá el pensamiento sobre la voluntad de Dios manifestada en su Hijo: “la medida del poder llevar gran cruz o pequeña es la del amor” (32,7). En conexión estrecha, también contextual, con “la voluntad de Dios”, expresa Teresa el sentido único, totalitario y radical de nuestra vida: “todo lo que os he avisado en este libro va dirigido a este punto de darnos del todo al Criador y poner nuestra voluntad en la suya y desasirnos...” (3,9), que presente como “disposición” para

¹⁰ A su hermano Lorenzo, en el que reconoce formas contemplativas de oración, le escribe un día corrigiendo tendencias “espiritualistas”: “Mire que es tentación..., y no piense que cuando tuviera mucho tiempo tuviera más oración. Desengañese de eso, que tiempo bien empleado como mirar por la hacienda de sus hijos, no quita la oración... Y lo que gastare en la Serna [una finca] es bien gastado... No dejaba de ser santo Jacob por entender en sus ganados, ni Abraham, ni san Joaquín, que, como queremos huir del trabajo, todo nos cansa... Hemos de servir a Dios como él quiere y no como nosotros queremos” (Cta 2/1/1577; 167,16-18).

“beber el agua viva de la fuente” (32,9; cf 19,15). Nuestra donación, con la característica tan teresiana de “determinada determinación”, comparada con la determinación con que Dios se da a nosotros, no pasa nunca de una “determinacioncilla”. Con el “agravante” de que todo es pura gracia: “Mirad que es hermoso truco dar nuestro amor por el suyo; mirad que lo puede todo y *acá no podemos nada sino lo que él nos hace poder*. Pues ¿qué es esto que hacemos por Vos, Señor, hacedor nuestro? Que es tanto como nada, una determinacioncilla” (16,6).

6 *La oración*

El rótulo “madre de espirituales”, que luce a sus pies en la estatua de Teresa en la nave central del Vaticano, me cae mejor y me dice más que “maestra de oración –aunque uno y otro término los limpió bien la madre Teresa-, pues ambos nos han llegado como lapas bombas pegadas al imaginario de la religión y de la misma teología secular. Lo repito, Teresa, al identificar la oración como amistad, apunta al corazón de la vocación cristiana. Diría que la rescata de la “religión” y la devuelve al suelo de la fe, al de la relación personal con Dios, respuesta a su llamada. En Cristo, “la Palabra hecha carne, y con el Espíritu, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina. En esta revelación... habla a los hombres como a amigos... para invitarlos y recibirlos en su compañía” (DV 2). Dicho simple y tajantemente: para Teresa, la oración-amistad es *la vivencia y expresión de la vocación cristiana*. No *un* acto de religión, entre tantos. Pero tampoco sin actos, eminente, progresivamente gratuitos, íntimos de “*estar con*”, “*de querer estar con*” quien nos “ha engolosinado” a su amistad.

De este aire que respira y suelo que pisa, se explica el arranque caliente de Teresa, teniendo como fondo la ignorancia casi supina de los que “están para dar luz”, y se convierten en “maestros de confusión”: “¿Qué es esto cristianos, los que decís no es menester oración mental?¹¹ ¿Os entendéis? Cierto, que pienso que no os entendéis, y así queréis que desatinemos todos; ni sabéis cuál es oración mental, ni cómo se ha de rezar la vocal, ni qué es contemplación; porque si lo supieseis, nos condenaríais por un cabo lo que alabáis por otro” (22,2). No pocos de los “capitanes” del tiempo teresiano y del nuestro, se enzarzan en el adjetivo ignorando el alcance del sustantivo. ¡Penoso! Concluirá este capítulo diciendo: “esta es oración mental, *entender estas verdades*” (8).

¹¹ “Hay muchas personas en hecho de verdad que sólo el nombre de oración mental o contemplación parece las atemoriza” (C 24,1), Después de explicar un poco lo que es, les dice: “no penséis es otra algarabía, ni os espante el nombre” (25,3).

En este capítulo 22 nos ha dejado bien claro de qué verdades se trata: “quién” es Dios, “quién” soy yo, y “cómo haré que mi condición conforme con la suya”. *Amistad*, sin utilizar el término aquí, porque los tiempos son recios. En esta línea sigue: “Procurad estar *a solas para que entendamos con quién estamos*”, “considerando” “bien que somos cada una de nosotras a quien *enseñó* esta oración, y *que nos la está mostrando*” (24,4), “pensar y entender qué hablamos y con *quién* hablamos y *quién* somos, es oración mental” (25,3). Fruto de esta relación de tú a tú es su teología y su antropología. La oración, escuela de verdades. Escuela en la que el orante se sabe amado (26,11). Verdades que se “imprimen” en el orante, configurando su personalidad. El orante será, a la vez, testigo y maestro. Aunque no escriba una letra.

El encuentro personal con Dios se sitúa en el interior. No es un roce superficial, un temblor emocional. Fugaz e inconsistente, por naturaleza. Define Teresa la oración de “recogimiento”: “recoge el alma todas las potencias y *se entra dentro de sí con su Dios*”¹². Esto significa que “el espíritu”, el hombre interior se fortalece y se debilita el “sentido” (28, 6-7). La oración no es ensimismamiento, auscultación narcisista, “retirarse a estar consigo mismo”, sino voluntad de encuentro con el Amigo. Y esto en toda oración: vocal, mental, contemplación. No sólo en el acto, que, por supuesto, crece, se afina, humaniza y cristianiza en la medida en que avanza la construcción del ser relacional. Que, aunque pueden significar un progreso de interiorización y gratuízación, siempre habrá que valorarlos “por los efectos y obras de después”, “que no hay mejor crisol para probarse” (4M2,8).

¿Se puede decir que en todo conocimiento de la verdad que nace del amor se da la oración? ¿Y que en la medida en que se fortalece el espíritu, las convicciones se interiorizan, y la gravitación en torno a Dios y “sus cosas” se acelera, crece, se afina, se gratuíza la oración-amistad? ¿Y que cuándo esta interiorización de la verdad y fortalecimiento del espíritu sanan y rescatan al yo de la superficialidad, del derramamiento y dispersión, le centran y le recogen en Dios, hay un auténtico crecimiento de amistad y de unión con Dios, sea cual fuere la vocación concreta de la persona, la amistad con Dios, la “oración” se asienta y consolida, aunque el “acto” de oración pueda sembrar muchas dudas de autenticidad, de insatisfacción, de vacío y sequedad, de desgana?

7 Discernimiento posible y necesario

¹² C 28,4. En el momento de la comunión, Teresa confiesa: “*entrábase con él*” (24,8). Aconseja: “*Estaos vos con él*”, “no perdáis tan buena razón [ocasión] de negociar” (ib, 11).

En los capítulos finales (36-41), Teresa no ofrece la imagen del hombre nuevo que se va configurando. Esto lo podemos sintetizar muy concreta y claramente en la adhesión profunda a voluntad de Dios manifestada en Jesús de Nazaret, luminosa y acertadamente traducida en esta frase de Teresa: “a trueque de hacer cumplidamente vuestra voluntad y de hacer por nosotros, [Jesús] se dejará cada día hacer pedazos” (33,4). Acentúa la segunda dimensión: “no hay esclavo que de buena gana diga que lo es, y el buen Jesús parece se honra de ello” (ib). La relación con Dios, manifestado en el comportamiento de Jesús, nos desvela nuestro mejor yo, que lo define definiendo a Jesús: “el que nunca tornó de sí” (35,3). Desde él, y sólo desde él nos acercamos a la comprensión de la paradoja evangélica: quien pierde su vida la gana. Un buen signo de un buen orante. Como su carencia, carencia de sensibilidad por otro, de hacerse cargo de él, mostrará lo contrario, aunque pueda estar encuadrado en largos tiempos de oración o de prácticas “piadosas”.

Teresa acentuará con fuertes rasgos la personalidad de quien se afirma en la verdad: “qué es lo que es y qué es lo que no es” (15,5). Es llamativa, para el lector atento, la insistente aserción teresiana de la primacía de la verdad, de “andar en verdad”. Los últimos capítulos de *Camino* son una prueba fehaciente. La humildad “verdadera” la formula así: “no entendamos cosa en que se sirve más el Señor que no *presumamos* salir con ella con su favor. Esta presunción querría yo”, “que hace crecer la humildad: tener una santa *osadía*, que Dios ayuda a los fuertes y no es aceptador de personas” (16,8).

La doctora mística sustancia el cambio en la libertad interior, particularmente haciéndonos cargo del otro, en su realidad concreta, entre el amor y el temor, “dos castillos fuertes”, de los que dice que “hay unas señales que parece los ciegos las ven” (40,2). Del amor nos ha dejado este texto vibrante y luminoso: “Quienes de veras aman a Dios, todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, todo lo bueno loan..., *no aman sino verdades* y cosa que sea digna de amar”. Asaetea al lector con el dardo de la pregunta: “¿Pensáis que es posible, quien muy de veras ama a Dios amar vanidades?”. Evidentemente, no. ¿Por qué? He aquí el fundamento de esta vida lograda, de esta fortaleza, castillo interior, en la amistad con Dios: “Todo porque *no pretende otra cosa sino contentar al Amado*. Andan muriendo porque los ame, y así ponen la vida en entender cómo le agradarán más?”. “¿Esconderse” este amor? “ES IMPOSIBLE” (40,3).

El temor, “*si de veras hay amor de Dios, presto se cobra*” [se adquiere]¹³. El amor es el que hace que la persona “no ande tan encogida y apretada” (41, 4), que no se endurezca en su egoísmo colonizador, que le lleva a pensar que “si no

¹³ 41,4. Fino Juan de la Cruz al escribir que “el temor, hijo del amor...” (2N 19,3).

van todos por el modo que él, encogidamente, no van bien”. Esto “es malísimo” (ib 5). Contra esto alzaré la bandera del humanismo cristiano, cuyo manifiesto más logrado se encierra en este grandioso texto: “Procurar ser afables y entender de manera con todas las personas que os trataran, que amen vuestra conversación y deseen vuestra manera de vivir y tratar, y no se atemoricen y amedrenten de la virtud... *Mientras más santas, más conversables con sus hermanas...* Si queréis aprovechar y ser amada. Que es lo que mucho hemos de procurar: ser afables y agradar y contentar a las hermanas que tratamos” (41,7). Signo visible del contenido y en las “maneras” en las que se envuelve.

Otro texto esclarecedor, también para valorar el camino, revela la distancia de la joven Teresa de los “tratos de pasatiempos de conversaciones”, y la mujer madura y clarividente que catequiza a sus hermanas de comunidad. En el texto opta decididamente, pedagógicamente por las que llama “amistades del mundo, aunque no malas”, para llegar hasta donde quiere llegar con más garantía de éxito, que no es otro que “las palabras de Dios quepan” en el destinatario. Escribe: “Ande la verdad en vuestros corazones, como ha de andar por la oración..., y veréis claro el amor que somos obligadas a tener a los prójimos. No es ya tiempo de juego de niños, que no parece otra cosa estas amistades de mundo, aunque sean buenas; ni haya conversación entre vosotras tal plática de si ‘me queréis’, ‘no me queréis’, ni con deudos ni con nadie, *si no fuere yendo fundadas en un gran fin y provecho de aquel alma*. Que puede acaecer, para que os escuche vuestro deudo o hermano, o persona semejante, una verdad y la admita, haber de disponerle con estas pláticas y muestras de amor que a la sensualidad siempre contentan..., y disponer más que muchas [palabras] de Dios, *para que después éstas quepan*” (C 20,4). ¡También el kairós debe caber en la estrategia del testigo y anunciador del evangelio!

Una vez más, por si fuera necesario, hay que afirmar con fuerza que quien forma un yo relacional, lo forma para que se despliegue en todas las direcciones: Dios, el prójimo, la oración, el servicio explícito y directo a los demás, el cuidado respetuoso de la tierra. Y, por lo tanto, que haga lo que haga, sufra lo que sufra y se alegre en lo que se alegre, crecerá en profundidad y en extensión, en gratuidad. Y que alcanzará a todos y a todo, a sí mismo, en su crecimiento y cualificación, en armoniosa unidad, en su interior y en la relación con todo. Ni más oración, ni más servicio a los más necesitados, ni algo antes o después: todo se dará al unísono. Ni el equilibrio entre el *ejercicio* de la oración y el *servicio* generoso hasta el extenuamiento, ni la primacía de la primera o del segundo. El equilibrio más perfecto le viene del yo, del amor que traduce la contemplación o la lucha por un mundo más justo y más humano, que traduzca mejor el designio de Dios.

Conclusión

El programa educativo de Teresa de Jesús en *Camino de Perfección*, centrado en la formación de un yo relacional, en la verdad-humildad, en la liberación de, para, en cualquier vocación personal y circunstancia temporal del sujeto o/y creyente, por lo que respecta al creyente cristiano, se enraíza en el corazón mismo del Evangelio: es la respuesta del creyente cristiano a la gracia que se le ha acordado al hombre por la muerte y resurrección de Jesús de ser hombre nuevo. La consigna puede resumirse: sé lo que eres, desarrolla, con tu colaboración perseverante, bajo todas las temperaturas y vicisitudes, el ser que has recibido de Dios. Porque de esto trata la “formación”: la implicación personal, lúcida, amorosa, por supuesto progresiva en el desarrollo del don recibido. Seguir a Jesús, hacerse a su medida, tan hijos como él y tan hermanos de todos como él.

La insistencia en la formación del yo personal, del orante, en la relación con Dios, en la relación con sus semejantes, de la solidaridad interpersonal, abre por sí mismo, con idéntico empeño, al cristiano, a la persona, a la relación con el Dios revelado en Jesús, y a la relación con los semejantes, comunidad humana, cristiana. Se trata de, es una misma fidelidad. No hay persona sin comunidad, ni comunidad sin personas bien individuadas. Ni una sin la otra, sin una praxis generosa de encuentro personal-comunitario, en la oración silenciosa o litúrgica, y sin un empeño, generoso y limpio, gratuito por un mundo que responda mejor al plan de Dios. Cualquier egocentrismo, en la oración o en el servicio a los demás, daña a la persona y a la comunidad y aborta el nacimiento y crecimiento de la familia humana que Dios nos ha encomendado a todos en el seguimiento de su Hijo.

Por lo tanto, reivindicar el proyecto educativo teresiano, cimentándolo en la categoría humana y teológica de la amistad, de la interrelacionalidad, “salva” al mismo tiempo, la persona, comunitaria por naturaleza, y al creyente que se confiesa llamado por Dios a una relación personal con él. Y “salva” la relación interpersonal, con Dios y con los otros, en su expresión de *ser* permanente e ininterrumpidamente en relación amistosa, y en el *encontrarse a solas*, de forma consciente y voluntaria, libremente con el Otro/otro: amistad. Las personas en el centro, proyectoras y agentes de la gracia recibida que nos capacita para ser y trabajar en relación. Dios es el dador y el protagonismo primero, el más comprometido. La persona le secundará en la medida que acoja este amor y lo actúe en su relación con él y con el prójimo.

Esta gracia-proyecto hay que evaluarlo, discernirlo atentamente, personal y comunitariamente, partiendo del interior de la persona o/y de la comunidad. Así nos apremia Teresa a hacerlo en los siete últimos capítulos de su obra, tan

cuidadosa e intencionadamente tejida como formativa. Genial, en sí misma, auténticamente revolucionaria en su tiempo, social y creyente, con mucha carga de religión y bastante menos de cristianismo. Creo, sin extrapolaciones, innecesarias, que es una obra formativa para nuestro momento histórico y cristiano, avalada por la cualificada experiencia y capacidad comunicativa de su autora, y la crisis social, de solidaridad y de religión que nos azota. Celebraré con gozo que, entre los mejores frutos de esta larga preparación para la celebración del quinto centenario del nacimiento de Teresa, *Camino de perfección* se convirtiera en un auténtico catecismo de formación espiritual.

Recuerdo al lector dos textos en los que fundamento mi apreciación y deseo. Leemos en el título el capítulo cuarto: “tres cosas importantes para la *vida espiritual*”. Y en el último capítulo afirma que “esta oración evangelical”, el Padrenuestro, “encierra en sí todo el camino espiritual” (42,5).